

Los noventa años de Julien Gracq

Jordi Doce

La figura y obra de Julien Gracq, pseudónimo de Louis Pourier, precisan todavía en nuestro país de unas pocas palabras de presentación. A pesar de que casi todas sus novelas han sido publicadas en España (y esto incluye la aparición entre nosotros de su primera y espléndida novela, *En el castillo de Argol* (Siruela, 1997), publicada originalmente en 1938, y de *El mar de las Sirtes* (Galaxia Gutenberg, 1998), con la que ganó a su pesar el premio Goncourt) y de su condición de heredero directo del ejemplo de los surrealistas, la prosa inquieta y puntillosa de Gracq no ha encontrado muchos lectores entre nosotros. Escritor parco y ajustado, autor de un puñado de novelas y misceláneas fascinantes, su *status* en Francia no pasa de ser el de un escritor de culto: razón de más, por tanto, para que nos apresuremos a hacer justicia a sus logros¹.

Nacido en 1910 en el valle del Loira, la trayectoria vital de Louis Pourier se desarrolla sucesivamente en el pueblo de Saint-Florent-le-Vieil, en Nantes y en París, donde entre 1930 y 1935 cursa estudios en la Ecole Normale Supérieure. Su interés por la obra de Breton y Max Ernst data de ese período, así como sus frecuentes viajes a Inglaterra, que lo convierten en un ejemplar más de esa *rara avis* de floración intermitente: el francés anglófilo. En el verano de 1937 regresa a la casa familiar y escribe de un tirón *En el castillo de Argol*, que Corti publicará en enero de 1939 y que señala el nacimiento del escritor Julien Gracq. La reacción de la crítica fue extremadamente favorable; entre sus lectores más atinados destaca André Breton, a quien Gracq conocerá ese mismo verano en Nantes y con quien le unirá a lo largo de los años una gran amistad. No obstante, Gracq siempre se mantendrá a distancia del grupo surrealista, cuya disciplina interna e ideario político le son profundamente antipáticos. En 1949, tras la mala recepción crítica de su obra teatral *Le Roi pêcheur*, Gracq redacta una poderosa invectiva contra el mundo literario francés bajo el título de *La Lit-*

¹ Es cierto, sin embargo, que Gracq disfruta en nuestro país de ilustres valedores, como Rafael Conte, que publicó una entusiasta reseña de *El mar de las Sirtes* en las páginas de ABC Cultural.

térature à l'estomac, que en cierto modo condiciona la respuesta a su obra en años posteriores. No en vano, Gracq se convierte en una figura marginal y reiteradamente crítica con las reglas del *establishment*. En 1947 entra como profesor en el Lycée Claude-Bernard, donde permanecerá hasta su jubilación en 1970, dedicando el resto de su tiempo a la escritura y los viajes a diversas ciudades europeas.

Otras novelas de Julien Gracq, aparte de *Au château d'Argol*, son *Un beau ténébreux* (1945), *Le Rivage des Syrtes* (1951) y *Un balcon en forêt* (1958), a las que hay que sumar el libro de cuentos *La Presqu'île* (1970), la obra de teatro *Le Roi Pêcheur* (1948), el libro de prosas poéticas *Liberté grande* (1969) y un temprano estudio crítico sobre la obra del gran maestro del surrealismo: *André Breton: quelques aspects de l'écrivain*. Sus obras completas, en dos volúmenes, fueron publicadas en 1989 por la Bibliothèque de la Pléiade.

Las páginas que siguen pertenecen a las primeras dos entregas de sus diarios, publicadas por José Corti bajo el título de *Lettrines I* y *Lettrines II* en 1967 y 1974 respectivamente. Son, principalmente, las entradas de un lector ávido que hace recuento detallado de sus juicios, obsesiones e impresiones, condimentando el conjunto con breves toques de ironía y afilada perspicacia. Gracq es dueño de una prosa densa, un poco a la manera de Ernst Jünger, a quien tanto ha admirado, y uno de los placeres de estos dos volúmenes es sumergirse en el francés altamente literario y a un tiempo flexible de su autor: sus notas son perlas segregadas al hilo del pensamiento. Si bien aquí y allá asoman destellos de amaneramiento, la impresión final es la de hallarnos ante una mente alerta y nada complaciente. Gracq no se olvida de dar su opinión sobre escritores de lengua inglesa y alemana (que constituyen un estrato reconocible de su tradición), pero el grueso de estas notas nos dan una visión perspicaz y siempre esquinada de la literatura francesa, de la que se siente heredero en el mejor sentido de la palabra: su crítica, en ocasiones feroz, es la del condenado al enamoramiento.

Apuntaré, en este sentido, una curiosa ausencia. Apenas comparecen en estas notas las preocupaciones filosóficas que permean muchas de las ficciones de su autor: el Albert que decide leer a Hegel en el castillo de Argol, desilusionado con las explicaciones de un Platón o un Kant, no tiene sitio en estos volúmenes, que muestran sin embargo el interés de Gracq por cuestiones de retórica y estilística. ¿Decisión consciente o señal de cambio en su evolución intelectual? No es fácil responder a esta pregunta. *Lettrines* exhibe, en cualquier caso, el andamiaje que sustenta el edificio literario de Gracq, y lo hace con un orgullo que es el fruto evidente del esfuerzo y la inteligencia.